

sin duda me iba á reprender por no haber estado en el refectorio á la hora del desayuno de mis hermanas, cuando yo le pedí perdon de esa falta involuntaria, y le referí lo que me acababa de pasar.

—Está bien, hermana, me dijo; hizo vd. lo que exijia la caridad; pero ¡ay! ¿cómo lograremos sacar á esa infeliz de tan mala situacion?... ¡Ah! prosiguió despues de un momento de silencio y de reflexion, quizá ese triste accidente será en los decretos de la Providencia, la hora de la misericordia para esa pobre mujer. Hasta hoy ha cerrado su corazon á la gracia; conquistémoslo para Dios por medio de un nuevo esfuerzo de caridad. Hermanas, agregó dirijiéndose á sus compañeras, vayan un momento, se los pido, á la capilla, á postrarse delante del Señor, y pídanle que dirija una mirada de piedad hácia esta infeliz, y á mí que me inspire lo que debo hacer para salvar á la vez su cuerpo y su alma.

Inmediatamente se fué á ver á la viuda de D. Pedro. ¿Qué palabras empleó para conmovér esa alma endurecida? Nos las ha ocultado siempre su humildad; pero á su vuelta estaba ya con su calma y gravedad acostumbradas, y

nos tranquilizó sobre la disposicion de espíritu de la pobre mujer, que parecia haber renunciado á su criminal designio.

—Con todo, temeria mucho no haber conseguido más que una dilacion, si no me fuera posible comprarle una vaca para reemplazar la que ha perdido: yo así se lo he ofrecido; no me falta sino hallar los fondos necesarios para cumplirlo. Tomaré algo de la caja de los pobres; poco, porque este dinero es para todos los desgraciados, y no me es lícito emplearlo en provecho de uno solo. Ustedes, hermanas, tambien verán lo que me pueden dar.

No somos nada ricas nosotras; pero reuniendo todas nuestras cortas economías, le pudimos llevar cosa de ocho pesos, que junto con lo que ya tenia, apénas hacia la tercera parte de la suma que se necesitaba. ¿Y esa cómo se completaría? En dos leguas á la redonda no se conocia más que una casa opulenta. Era un antiguo palacio habitado por una viuda rica, muy extravagante, que jamás salia sino cuatro veces al año para ir á la iglesia; no habia hecho una sola visita á su Cura, y se habia negado á recibirle en su casa cuantas veces lo habia pretendido. Extraños rumores circulaban acerca

de su conducta, y se aseguraba en la comarca, que nadie habia recibido nunca de ella la más corta limosna. A pesar de todo, á esa casa se en camino Sor Clotilde, muy confiada en el divino auxilio: yo la acompañé.

Comprenderá vd. mejor todo el mérito de ese paso, con saber que la viuda de Don Pedro, por quien ella iba á sufrir los desprecios y desdenes de aquella señora, siempre la habia estado insultando y maldiciendo. Esa infeliz, cuya miseria habia exasperado su carácter, sentia un odio implacable contra todos los que le parecian ménos pobres que ella: no podia perdonar á nuestra Madre el bien que hacia en el país.

Cuando á nosotras nos encontraba en la calle, nos insultaba grandemente: unas veces nos trataba de hipócritas, otras nos acusaba públicamente de que gastábamos en festines y placeres el dinero que nos daban para los pobres. Un dia que una vecina suya le reprendia sus odiosos cuentos, no tuvo vergüenza de contestarle, que nuestra Madre habia tratado de comprar su silencio en muy alto precio. Cuando le refirieron esta infame calumnia, como es tan buena, no contestó sino—¡Dios mio! que hable ella cuanto quiera, si vos no os ofendeis; no es

su silencio lo que deseo comprar, su pobre alma es la que quisiera rescatar para Vos!

Cuando una vez le dijeron que no se ocupara tanto de esa pobre mujer, que parecia tan poco digna de su empeño:

—¡Oh! interrumpió con dulzura; la conducta que Dios tiene con nosotros, miserables pecadores, hijos pródigos é ingratos, ¿no nos da la medida del amor que debemos tener á nuestros hermanos? Le ofendemos sin cesar, y sin cesar nos perdona; portémonos de la misma manera con nuestros semejantes: ¡ay de aquellos que guiados por motivos humanos, se atreven á poner límites á su caridad!

Dispénsese esta interrupcion y volvamos a nuestro asunto.

Recorrimos la media legua que nos separa de la habitacion de la Sra. de Thaar (la susodicha anciana), sin hablar ni una sola palabra en todo el camino, y le puedo asegurar á vd., que á pesar de la fama que tengo de ser muy habladora, no sentia yo gana ninguna de romper el silencio que nuestra Madre guardaba. Me inquietaba mucho su aspecto, más severo que de costumbre, y sobre todo iba yo temiendo el recibimiento que nos iban á hacer en aquel te-

mible castillo, donde lo mejor que nos podia suceder era que nos dieran con las puertas en la cara.

Por desgracia no soy muy valiente, y le confieso que cuando tocamos la campanilla de la reja, se pusieron á temblar mis rodillas de tal modo, que dudaba si tendrian la cortesía de sostenerme por más tiempo. Un anciano, con tipo de honradez y de criado antiguo de casa grande, se presentó á abrimos y nos preguntó con el sombrero en la mano, qué era lo que queriamos; nuestra Madre respondió con resolucion, que deseaba hablarle á la señora.

No hizo objecion alguna, sino que nos introdujo al castillo, nos hizo entrar á un salon, el más gótico de todos los salones góticos, y nos dejó allí para irle á avisar á su ama.

Yo estaba esperando ver salir á una venerable anciana, encorvada, peinada de polvos, con chiquiadores, palillos, peineton y otras modas pasadas, cuando con gran sorpresa mia se abrió la puerta y fuí mirando entrar á una señorita jóven, muy agraciada, vestida de negro, que con la sonrisa en los labios, nos dijo al saludarnos:

—Hermanas, vdes. se me han anticipado, y

lo sentiria yo demasiado, si el gusto que me causa el verlas en mi casa, no fuera bastante grande para consolarme de no haber ido yo primero á visitarlas.

Nuestra Madre y yo nos vimos una á otra, como para preguntar si estábamos de veras despiertas, porque era muy singular hallarnos con una señora brillante de juventud, cuando creíamos encontrar á una de cerca de un siglo. Ella adivinó sin duda lo que pensábamos, porque sentándose entre las dos, nos dijo sonriendo:

—Vdes. se han sorprendido del cambio que ha habido en la dueña de esto, y no saben explicarse cómo buscando á una Señora de Thaar, que tenia sus noventa años largos, se han hallado otra que no tiene ni cinco lustros...

—¡Ah! interrumpió con viveza nuestra Madre; pero creemos, señora, que no nos tendremos que quejar de ese cambio.

—A lo ménos yo haré cuanto esté á mi alcance con ese fin, respondió suspirando. ¡Ay! sé muy bien que el nombre de mi pobre tia no es querido ni bendecido en esta comarca... Con todo, su conducta extravagante se excusa y explica fácilmente, porque á consecuencia de agu-

dos pesares se habia llegado á debilitar de tal modo su ánimo, que habia caído en una especie de misantropía que la hacia evitar el trato de todos; mi marido mismo, su propio sobrino, jamás eran admitidos á su presencia; el antiguo criado que recibió á vdes., y una recamarera vieja, eran los únicos seres humanos que trataba hacia veinte años. Sin embargo, hace tres meses, sin que nos pudiéramos explicar el motivo que tuvo, se puso en camino y vino á sorprendernos con visitarnos en Burdeos. ¡Ay! el gusto que tuvimos de abrazarla, de recibirla en nuestra casa, se cambió muy pronto en duelo. Pocos dias despues de su llegada, aunque nada hacia temer su próximo fin, pidió que la viniese á ver un sacerdote; se confesó con él, y suplicó con instancia que le administrasen los Santos Sacramentos de la Eucaristía y Extrema-Úneion. Se queria aplazar esa ceremonia por parecer anticipada; pero insistió tanto, repitiendo que conocia que le quedaban muy pocas horas de vida, que fué preciso complacerla, aunque nos parecia solo una impertinencia de la edad; pero ¡oh! cuánto nos alegramos de haberlo hecho así! Al dia siguiente la hallamos muerta en su cama..... A consecuencia de un

acontecimiento tan funesto, mi marido ha quedado de heredero de esta finca, adonde jamás habia yo venido, y que solo habito hace muy pocos dias.

Me proponia ir mañana á presentarme á vdes., Hermanas, á quienes estimo tanto, y ofrecer mis respetos al Señor Cura, que espero olvidará las faltas de mi tia, faltas que bien se pueden ver como involuntarias, pues que parece no tenia el libre uso de su razon, que recobró solamente poco ántes de morir para poder hacerlo cristianamente.

Ya se podrá vd. figurar que la amable acogida de aquella jóven señora nos hizo estar muy pronto de confianza, y que Nuestra Madre no tardó mucho en exponerle con franqueza el fin interesado que nos guiaba: ella no vaciló un punto en entregarle la cantidad que faltaba para la compra de la vaca deseada, y le dijo con las lágrimas en los ojos:

—Como será bueno rehabilitar la memoria de mi tia en estas tierras, en que sé que le hacian muy poco favor, le suplico á vd. que tenga la bondad de decir á su protegida, que este dinero lo he tomado de una alcancia formada

desde hace mucho tiempo por la difunta, cuyo empleo dejó explicado en su testamento por estas palabras: “Es mi voluntad que todo lo que contiene mi alcancía sea distribuido despues de mi muerte entre los pobres de F***; ellos me han maldecido durante mi vida, ojalá que me llenen de bendiciones cuando ya no exista!”

Es preciso convenir que la dicha señora era muy extravagante, y que sus rarezas podrian calificarse muy bien como verdaderas locuras; á lo ménos no se puede explicar de otro modo su conducta. Con todo, si ha llevado buena intencion al obrar así, Dios se la habrá tenido en cuenta.

No es necesario añadir que la vaca se compró, y que el deseo de suicidarse se le pasó completamente á la viuda de Don Pedro; y no solo, sino que le pudo tanto la caridad de Nuestra Madre, que poco á poco fué abriendo su corazon al arrepentimiento, y hoy es una de las más fervorosas cristianas y de las más entusiastas admiradoras nuestras. ¡De qué cosas depende el aprecio humano!... Todas las simpatías de esa pobre mujer se las debemos á una vaca y á un cerdo...”

Aquí, yo, Sor Teresa, tomé la palabra para preguntarla:—¿Cómo á un cerdo?

—“Sí, hermana, á un cochinito de leche, cuya madre tenemos y que nos ha dado siete hijitos, unos más bonitos que otros. Nuestra Madre creyó que no le habia de parecer mal á la viudita un pequeño cerdo, y proveyó á su subsistencia permitiendo á su nueva poseedora, que viniera todos los dias á recojer su parte del agua en que se lavan los trastos de la cocina, de cáscaras y otras cosas igualmente útiles.

Más tarde, gracias á los buenos cuidados que se le prodigaron, llegó á hacerse digno de figurar honrosamente en una exposicion agrícola, lo que fué el principio del bienestar, que á fuerza de trabajo, volvió á disfrutar aquella activa señora, quien ahora, muy léjos de la miseria, no cesa de repetir á cuantos conoce, que es necesario no perder nunca el ánimo y mucho ménos desconfiar de la Providencia Divina. Por lo que respecta á Mariquita, su nieta, es una muchacha muy piadosa y la más trabajadora de todas nuestras educandas; con esto, aunque todavía tan jóven, es ya codiciada por todas las personas que tienen algun hijo que establecer: así, cuando su mamá grande se de-

cida á casarla, no tendrá más que el trabajo de elegir entre los más ricos y de mejores prendas, de aquí y de los alrededores.”

Adios, querida Carolina, un acceso de tos corta la palabra á nuestro orador, y yo lo aprovecho para dejar la pluma, porque no digas que va muy larga esta carta; y sólo te suplico que no dejes de querer á tu amiga:

SOR TERESA.

CARTA XX.

F***

Quando estaba yo en Burdeos, te decia que me costaba trabajo hallar un ratito para platicar contigo, y era la pura verdad: pues bien, aquí, querida Carolina, me sucede lo mismo, ó mejor dicho, me es muchísimo más difícil, porque Nuestra Madre no consiente que pase yo las recreaciones en borrar papel, sino que precisamente quiere que en ellas juegue, platicque y me divierta con mis hermanas, como si no fuera también muy agradable para mí el platicar contigo. Por más que se lo digo, de todos modos permanece inexorable, sin responder á todas mis lamentaciones más que una misma cosa: “En su edad, hija mia, se necesita de movimiento y de distraccion; es una co-